

CHARLES HENRI SANSON. HISTORIA DE UN VERDUGO

Laura Egidio Becerril

Esa noche Sanson llegó abatido a su casa donde lo esperaba su mujer. En realidad, era él quien debía ser condenado a muerte.

Charles Henri Sanson era un hombre de unos cuarenta años que pertenecía a la familia Sanson, la cual, durante décadas, se había dedicado a realizar uno de los trabajos más duros y menos valorados en la Francia del siglo XVIII. Charles era el cuarto de una dinastía familiar de verdugos.

A sus casi cuarenta años, Charles había acabado con la vida de cerca de tres mil personas, entre ellas más de trescientas mujeres. Sentía gran admiración por el rey francés de la época, Luis XVI, y su día a día se había convertido en una rutina desde muchos años atrás.

Colocar las cabezas de los culpables en la maquina devastadora de la guillotina era algo que había interiorizado matemáticamente. Estaba prohibido dar un discurso antes de la sentencia mortal, y se repetían las mismas palabras: “Hijo de San Luis, mirad al cielo”.

Nunca quiso saber el porqué de la muerte de aquellas personas; su carácter se había establecido de forma fría y superficial, ya que así creía evitar un acercamiento que le pudiera afectar personalmente. Sus amistades eran escasas y únicamente hacia vida fuera de su trabajo como verdugo en su casa, junto con su mujer. Un día, sobre el estrado de la muerte vio una cara familiar: resultó ser el panadero que vivía en la misma avenida en que estaba su casa. Le invadió la curiosidad por la razón que podría haber llevado a aquel hombre a terminar su destino de esta manera.

Louis había sido declarado culpable por conspiración contra la monarquía francesa, había sido denunciado por establecer reuniones en su casa para debatir temas problemáticos que afectaban al París de entonces. La libertad de reunión era penada con la muerte, pues se vivía en una situación de total amenaza hacia la Corona.

Fue ese el primer día cuando Sanson se planteó las verdaderas razones por las cuales muchas personas eran declaradas culpables. Debido a la inestable época que atravesaba la monarquía francesa, existía una desconfianza tal que el simple testimonio de un vecino podía suponer una muerte venidera.

La mirada de Louis estaba pérdida, dejaba atrás a una familia, era un hombre trabajador al que le interesaban temas políticos, pero sin ir más allá, nunca daría lugar a una sublevación. Charles se dio cuenta del delgado límite de la seguridad, una simple declaración en contra te convierte en culpable. Tras la ejecución de Louis, Charles quiso documentarse acerca de aquellas personas a las cuales había matado. Quería comprender, al fin y al cabo, el delgado límite por el que la sociedad parisina caminaba.

El miedo era real, miedo al cambio, a romper con régimen monárquico del rey al que tanto apreciaba Charles, que no podía concebir una opinión que se opusiera a Luis XVI.

María, fue una de las muchas mujeres que Sanson guillotino. María fue declarada culpable por conspiración contra la Corona. Estaba interesada en las ciencias del siglo XVIII y en el progreso. Se determinó que era contrario a la ley ser mujer y verse involucrada en el disfrute libre de la cultura de la comunidad; como consecuencia, se la considerada involucrada en una posible revolución. Nunca fue demostrado este último acontecimiento, pero estas personas eran culpables hasta no demostrar lo contrario. Charles se dedicó a analizar esta circunstancia a la vuelta a casa todos los días, “Serán culpables hasta no demostrar su inocencia”. ¿Qué valor tenía la vida? Acababa a

lo largo de la semana con el futuro de alguien que probablemente no era culpable, pero la ley hacía que jugara en desventaja. La inocencia parecía ser una realidad inalcanzable.

Antoine sería la siguiente víctima, Sanson las pasó a llamar así, pues cada día crecía más y más ese sentimiento de culpabilidad del verdugo. Desconocía completamente si en realidad esas personas eran verdaderos culpables.

Antoine dedicaba su vida a trabajar un campo al mando de un capataz que lo sometía a graves abusos día tras día. Antoine se levantaba cada mañana a las cinco de la mañana y andaba cerca de doce kilómetros para llegar a aquella esclavitud. El capataz maltrataba a Antoine, al igual que al resto de trabajadores, pero no podía negarse a seguir trabajando, pues era padre de una familia de siete miembros, tenía cinco hijos que dependían de su salario en tan miserables condiciones. Era martes a medio día, cuando Antoine pensó en pedir a su capataz un día libre de su trabajo, pues ese mismo jueves era el cumpleaños de su hijo menor, y desde hacía seis años Antoine no disfrutaba de tal privilegio. El capataz, ofendido por la propuesta, ya que significaba que no le hacía falta el dinero, ató a Antoine a un tronco y le propinó latigazos hasta arar su espalda de forma que no olvidara el día. Antoine, invadido por la rabia, se mostró rebelde ante el injusto castigo, pues no quería seguir siendo el siervo de su capataz ni que le pudieran tratar como un perro. Este comportamiento le iba a costar la vida. El sentimiento de miedo se encontraba a flor de piel entre la masa monárquica, pues el papel del rey Luis XVI se veía amenazado por una revolución social que parecía próxima.

Charles se encontraba de nuevo ante el mismo debate filosófico: realmente ¿cuál era el precio de la vida de aquellas personas de las calles de París? ¿Tenía tan poco significado la vida de esas personas para él? Por mucho que Charles creía haberse aceptado como lejano a cualquier relación cordial con alguno de los culpables y fallecidos, se veía cada vez más como un títere más del sistema francés.

Las ejecuciones en la guillotina eran bien acogidas por la sociedad en este siglo XVIII, robar la vida a una persona que, en la mayoría de los casos, habían sido declarados culpables sin derecho a una defensa justa, era un hecho normal del día a día. La muerte no resultaba poco probable, todo lo contrario; en la sociedad de finales del siglo XVIII, la mínima conducta que pudiera derrocar el sistema del rey podía llevar al fin. Sin embargo, Sanson tras la ejecución de Louis el panadero, dejó de sentir esa simpatía al régimen del Luis XVI. Había heredado el puesto de verdugo, igual que se hereda la finca de un abuelo. Se sentía atrapado por esa vida, lo que para todo hombre debería ser su bien máspreciado para él no lo era.

Pasaron los años y tuvo lugar la revolución francesa, en el año 1789, la cual pretendía acabar con el Antiguo Régimen en manos del rey Luis XVI por aquel entonces. Se produjo el auge del sector burgués que llevaba el principio implícito de *cogito ergo sum*, y que se posicionaría en contra de la monarquía.

Con los giros no tan inesperados de la vida, finalmente el monarca cayó, tras esta revuelta política, y fue hecho prisionero y sentenciado a morir en la guillotina. Fue la causa que desencadenó que Charles maldijera su profesión. Anhelaba que los partidarios del rey lograsen la liberación y que fuera indultado. Al subir el rey al patíbulo, Sanson se encontraba descentrado como su primer día, cuando no era más que un adolescente de 14 años. Luis XVI mostraba entereza, y pronunció unas palabras:

- Pueblo de Francia, muero inocente. Caballeros, soy inocente de todo cuanto se me acusa. Desearía que mi sangre me sirviera para consolidar sobre ella la felicidad.



La muerte del rey fue contemplada en total silencio. Poco antes de caer la cuchilla, el sacerdote dijo al rey:

- Hijo de San Luis, mirad al cielo.

Sanson lo acomodó, levantándole un poco la cabeza y luego cayó la navaja de la guillotina cercenando de un tajo la cabeza.

Aquella noche, Sanson llegó a casa abatido. Su mujer lo esperaba con la mesa servida. En aquel momento, sentía que él también debía ser condenado a muerte. No había diferencia entre las causas de la sentencia del que era rey de Francia y las suyas. Su culpabilidad la veía cada vez más clara, por órdenes ajenas se había cobrado la vida de más de tres mil personas y nadie le había pedido cuentas por ello, día tras día llegaba a su casa y tenía la cena preparada como esa última noche.

Afortunadamente, surgía de la base de la sociedad el cambio necesario del cual hasta el propio Sanson, que tantos años había dedicado su vida a robar el bien máspreciado, era parte. Se luchaba por unos derechos basados en la razón del movimiento ilustrado de la época. Y, como consecuencia de tales ideas, habían sido ejecutados miles de compañeros.

A la mañana siguiente el cuerpo de Charles se encontraba sin vida. No podía seguir disfrutando de su máspreciado tesoro siendo consciente de las muchas vidas que se esfumaron siendo él un responsable más de ese asesinato racional.